

PASCAL QUIGNARD

Sacher-Masoch

El ser del balbuceo



Sacher-Masoch

COLECCIÓN
LITERADURA

Pascal Quignard

Sacher-Masoch

El ser del balbuceo

Traducción de Paz Gómez Moreno

Revisión de la traducción de Juan M. Lacruz



Primera edición: enero de 2017
Título original: *L'Être du balbutiement - Essai sur Sacher-Masoch* (1969)

Esta obra se benefició de los programas de ayuda para la publicación del Institut Français

© Éditions Mercure de France, 1969, 2014
© del postfacio: Éditions Mercure de France, 2014
© Pascal Quignard, 1969, 2014

© de la traducción: Paz Gómez Moreno, 2017
© de la revisión de la traducción: Juan M. Lacruz, 2017
© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2017
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

IBIC: DN

ISBN: 978-84-946164-1-9
Dep. Legal: M-42912-2016

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Liebesakt Studie*, Egon Schiele, 1915

Producción gráfica: Orymu Artes Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Sacher-Masoch

NOTA PRELIMINAR

«Eloquentia stetit et obmutuit»

(La elocuencia se detuvo y enmudeció)

PETRONIO, *Satiricon*, II

ESTE ESTUDIO EXAMINA la obra de Sacher-Masoch. La examina, dado que la facilidad de su lectura no está exenta de problemas. De hecho y de derecho, la obra se nos presenta en forma legal y como una igualdad de sentido fijo y previo. Al margen de la censura, al margen de la maldición, en el espesor indiferente de sus páginas, su presencia se consagra como necesaria. La rodean luego cientos de textos. De tres tipos. En primer lugar, incontables novelas (sobre todo alemanas, anglosajonas y francesas, hasta el siglo xx) se inspiran en ella, entonan, en la misma medida, una melodía similar y con un mismo aliento. Ya se considere novelesca o

pornográfica la valencia que las caracteriza, estas novelas resultan insípidas. De este tipo de obras pueden dar una idea la *Revue Bleue*, la *Revue des Deux Mondes* o incluso, después de 1900, las «novelas contemporáneas» de la Modern-Bibliothèque. En segundo lugar, ciertas obras de carácter ético-histórico o incluso publicitario la defienden o condenan. Las *Confesiones* de Wanda o los trabajos de Schlichtegroll pertenecen a esta categoría. Encontramos, por último, una cantidad considerable de obras escritas por analistas. Desde luego, la plantilla de análisis de estos trabajos no es única. Sin embargo, su intención es común y singularmente precisa, constrictiva, dogmática. La historia del concepto *masoquismo* muestra claramente el desarrollo del pensamiento psicoanalítico, sus renovaciones y sus bloqueos, sus destellos y sus solidificaciones. Pero estos cuatro temas constituyen cuestiones en sí mismas. El lugar de certeza donde reposa el texto, la evidencia autoconfiada de su lectura, el gran éxito literario de Sacher-Masoch, su esfera de influencia, que se extiende por toda Europa a finales del siglo XIX, su proselitización y su difusión siguen resultando oscuros. Y no es por falta de preguntas. Quién, dónde, cuándo, cómo, por qué, la cuestión del campo cultural donde se inserta la obra, donde actúa: todo ello ha sido estudiado, expuesto, a veces incluso discernido de un modo admirable. Pero aquí la mirada se adhiere a la visión, estando bajo el peso de lo enfo-

cado, hasta ocultar lo que la mirada es como tal. El texto de Masoch sigue siendo invisible. Su ser, su violencia tal vez, sus modalidades, su instancia siempre han sido ignorados. Esta obliteración es global. Parte de un movimiento que se cobra ya el propio texto de Masoch, cuyo proyecto y eficacia, por otra parte, no se recobran.

A esta invisibilidad a la mirada se suma lo que de ciego hay en la visión. Ahí reside la condición de posibilidad de una extraña onomástica. En 1886, Krafft-Ebing publica su *Psychopathia sexualis*. Sacher-Masoch es su exacto coetáneo.¹ Krafft-Ebing acuña, pues, el término *masoquismo* en vida de Masoch. El término es definido como «la dirección del instinto sexual hacia el círculo de representación de la sumisión a otra persona y el maltrato infligido por esta otra persona».² En fecha más reciente, el término se ha definido de manera similar como una «perversión del sentido genital, en la cual el acto sexual solo puede llevarse a cabo en un estado de

1. ¿Cómo ser más preciso? Krafft-Ebing nace en 1840. En cuanto a Sacher-Masoch, su nacimiento suele fecharse en 1835 (Stern, etc.). S. Nacht lo data en 1837 (Payot, 1965); G. Deleuze en 1835 (Minuit, 1967) y, lo que es más sorprendente, ese mismo año G. P. Villa señala como fechas de nacimiento los años 1838 (Buchet-Chastel, 1967) y 1836 (Tchou, 1967). El mismo especialista data la muerte del autor en 1895, pero deja pasar la fecha de 1894 al publicar el texto de Schlichtegroll.

2. Krafft-Ebing, *Psychopathia sexualis*, Payot, 1958, p. 236. [La traducción de las citas recogidas en el texto es mía. (*N. de la T.*)]

inferioridad, degradación y sufrimiento».³ En suma, el término se creó, en primer lugar, a partir de la forma Sade/sadismo y, en segundo lugar, con el sentido antitético sadismo/masochismo.⁴ Pues bien, esta doble característica no resulta indiferente. La cópula es decisiva y la oposición a la que da lugar *llega a ser* fundamental. El isomorfismo matricial que rige la constitución del significante se redobla en un verdadero contagio sémico del significado. El resultado es una inapelable indisolubilidad conceptual. Todo el psicoanálisis se va a mantener dentro de los límites de esta polarización ineludible. Y no solo. Sino también bajo su influencia, sujeto a la plantilla de análisis que la inauguró, con su doble vertiente paradójica de juridicidad y biologismo. En los *Tres ensayos*, Freud basará la vida sexual en la conjunción sado-masochista, proclamando ya la primacía de un término, ya la del otro. En adelante, problemáticas tan fecundas como la transformación, la transferencia y la neurosis, los instintos de vida y de muerte, el principio de conservación o el llamado principio de nirvana se mantendrán implícitamente dentro de los límites estructurales de esta perspectiva. En suma, en la propia mirada arrojada por Krafft-Ebing (mirada que, por otra parte, Masoch rechazaba con una argumentación de

3. *Sexologia-lexicon*, Pauvert, 1962, p. 292.

4. Krafft-Ebing, *op. cit.*, p. 87. «El masochismo es lo contrario del sadismo [...]».

corte etnográfico e incluso, a veces, zoopsicológico, que si bien era vehemente, resultaba vaga), un arrebatamiento de la letra como tal decide, fuerza y endurece el planteamiento en lo sucesivo. Debido a esta curvatura insuperable, cualquier ventana sobre Sacher-Masoch es, de entrada, una insípida ya-vidriera.

Lo que es más, por medio de un tercer pliegue, esta proliferación onomástica vuelve a desplazar la mirada. Puesto que un texto designado por el nombre de su autor —la obra de Sacher-Masoch— no es tal sino a condición de provocar su propio anonimato, su ser-texto. Bien al contrario, lo que pasa las páginas de la lectura es la inflación del nombre. En última instancia, el nombre del autor puede abreviar la revisión de la obra, señalar el propio texto como su ausencia. Pero aquí, en sentido estricto, el texto designado por el nombre es un texto que proyecta, ya en vida del autor, a partir de su nombre, un texto *que no es* la obra. Paradójicamente, el nombre conceptualizado (el masoquismo)⁵ deja de designar el texto (la obra de Sacher-Masoch). Directamente, el predicado precipita y contamina. Directamente, lo que está en juego, además de toda la retórica, de toda la literatura fantástica cortés, barroca y preciosista, es, enseguida, la melancolía de Lucrecio, Salomón, Sócrates, Aristóteles; el *Satiricón* de

5. Para la bibliografía de los principales análisis (hasta 1938), véase Dr. S. Nacht, *Le Masochisme*, Payot, 1965, p. 181 y ss.

Petronio; el episodio de la Srta. Lambercier en las *Confesiones* de Rousseau; el *De flagrorum usu in re veneria* de Meibomius (1643) o la edición de Bartholin (1670); las obras de Boileau (1783), Doppet, Cooper, Hansen, Brunfels; el *Owen Tudor* de Arnim; la conjunción de la *Kätchen* y la *Pentesilea* de Kleist. Más aún, en los análisis más admirables, están la sombra, el reflejo, el doble invertido, una repetición de Sade y, en relación a la obra, la propia obra, sin revestir. Paradójicamente, en esos trabajos los síntomas se entremezclan y se refieren los unos a los otros. Desde el principio, el fetichismo del pie y la algolagnia, la urolagnia y la fustigación, la coprolagnia y el *equus eroticus*, la mixoscopía y el edipismo se fusionan o, en el mejor de los casos, terminan configurándose bajo el nombre de *masoquismo*. El texto queda tapado por el texto del nombre. El texto queda tapado por completo, de manera densa, coercitiva, por otro texto.⁶ Así, desbordado, es imposible abordarlo.

Un filósofo se encargó de ello. Gilles Deleuze analizó el masoquismo.⁷ Su estudio es notable; criticarlo requeriría todo un volumen y, por otra parte, no le objetaríamos más

6. Hasta tal punto que un crítico, generando una confusión aún mayor, llega a escribir: «El término *rousseauismo* hubiera funcionado tan bien como el de *masoquismo*». Véase Léopold Stern, *Sacher-Masoch ou l'Amour de la souffrance*, Grasset, 1933, p. 19.

7. Gilles Deleuze, *Présentation de Sacher-Masoch. Le Froid et le Cruel*, Minit, 1967.

que una serie de cuestiones previas. Puesto que lo que rechazamos es todo su aparato conceptual y su intención en conjunto. También la falta de radicalidad de su desconfianza ante la conjunción sadomasoquista, a la que, desde luego, se le niega, y con razón, la condición de síntoma. Pero, al tiempo, para convertirla en un «síndrome» no se requería ni tanta prosa ni el movimiento vacilante del texto. Las parejas violencia-silencio, violencia-sexualidad, ironía-humor y repetición-diferencia (que nuestro análisis intenta borrar), junto con las oposiciones contrato/institución y apodíctico/dialéctico son retomadas *a merced* del paralelismo Sade-Masoch, por muy disimétrico que este sea. Más aún, allí se produce, casi por medio de un juego de *collage* directo o de metáfora, una doble absorción: Sade-sadismo, Sacher-Masoch-masochismo. Por lo tanto, en ese psicoanálisis brillante, que se sirve, como ninguno, de los instrumentos más agudos, se da una actitud que excluye la radicalidad que nosotros buscamos en nuestra relación con los textos. Por nuestra parte, el objetivo es el comentario, no el saber.

En el pasado, el lector se veía llevado a «abluir» el texto. Se trataba de hacer revivir la escritura por medio de un licor. La palabra *ab-luere* remite a cualquier líquido capaz de separar. No es lo que baña, sino lo que lava; es abstersión. Aún más: esta acción no solo separa, sino que también borra. En la obra de Lucrecio, la sed participa del aliento perdido,

contribuye a un devenir-muerte. El jadeo vacía el ser; jadear es exhalar. Entonces, abluir es borrar.⁸ El gesto de abluir es la metáfora de un origen; en el indicio de la separación, entran en juego, indistintamente, lo mismo y lo otro, lo trazado y lo borrado. Y tal vez el filósofo constituya esta postura. Más que la lectura, él es la traza y la violencia del desplazamiento de las palabras resquebrajadas, los ruidos, el silencio y, en ocasiones, el discurso en los que cae y que recaen sobre él, en la forma de lo que le precede, y que lo constituyen. En griego, el «carácter»⁹ connota lo entreabierto, lo caótico donde principian el tiempo, el intercambio, las diferencias. Es la incisión del surco en la tierra. Es la marca en la arcilla donde el signo siempre-ya articula y remite. Es la herida donde se menoscaba la integridad, donde se oculta la muerte y adonde esta arrastra. Tal es la única desmesura del filósofo. Si el poeta es el exceso del habla hasta no ser nadie, el filósofo sería su carencia y alguien cualquiera. Es el retorno de la escritura, no a lo que esta escribe, sino en lo que traza, a su movimiento. El filósofo no dice, no descifra si vuelve a trazar la traza misma, la violencia de la cual deriva el pensamiento y que lo fija, lo Abierto del «carácter» que lo repite y difiere. En este movi-

8. Lucrecio, *De rerum natura*, IV, v. 876: «anhela sitis de corpore nostro abluitur».

9. El autor emplea la grafía arcaica etimologizante *charactère* y no la actual grafía simplificada *caractère*. (*N. de la T.*)

miento se inscribe esta lectura de Sacher-Masoch. En ella, se ha procurado borrar todo aquello que pudiera *premeditarla*. Y no para restablecer la ilusión de una voz «del afuera». Muy al contrario: a condición de abandonarse a la propia lectura. Se trata, en la extensión neutra de sus páginas, de escuchar el temblor que la subordina, de mostrar, mediante el único juego de sus líneas, la presencia escalonada en la que culmina su habla más original. Puesto que cualquier otra mirada supon-dría, enseguida, una sinopsis y una percepción que se han constituido *a condición misma* de su recubrimiento. Y esto del modo más estricto. El texto-bajo el nombre de Masoch está enteramente a merced de un texto-sobre ese nombre. Toda lectura del propio texto es entonces ilegible. El texto de ese nombre, en nombre de ese texto, se ha convertido en el texto sobre ese nombre. De ahí que, puesto que el nombre es un texto, se apunte hacia un texto sin nombre.

EL HABLA DE LA LLANURA

*«Ante mi corazón, el Terror, en la inminencia del canto;
mi corazón ante el Ruido, presto a brincar»*

ESQUILO, *Las Coéforas*, v. 1025

I

¿QUIÉN ERA SACHER-MASOCH? ESTÁ claro que un discurso biográfico no es la respuesta. Puede que los nombres de sus amantes, las muertes que lo rodearon, sus hijos y su gloria desafíen la indiferencia y lo anecdótico. Pero la mayor precisión en lo anecdótico no equivale a captar lo más original. Al contrario: la suma de este tipo de precisiones no sería más que el total circunstancial de los aspectos anónimos, el recubrimiento de todo surgir. Y con la historiografía sucedería lo mismo. Y lo mismo, con la psicología, que nunca trascendería

la constelación de su mirada, estando como está bajo el dominio metafísico de sus facultades, sus tendencias, sus instintos y su lógica, impedida por su propia arqueología. De ahí que si hay que preguntarse por el «quién», no haya respuesta menos segura. O más bien, a buen seguro, tal pregunta, en el fondo de lo que inquiere, en la supuesta estructura de su interrogación y a partir de lo que debe ser para poder preguntar, retoma en sí misma, de inmediato, otros interrogantes cuyo déficit nos atenaza hoy. Y preguntar por el «qué» de Sacher-Masoch, por el ser que lo constituiría, tampoco podría satisfacernos. Conocemos la historia de las preguntas «*quis?*» y «*quid?*», el movimiento vacilante que ha remitido de la una a la otra y al cual quedaron supeditadas. La machaquería que describen y la asfixia en la que sumen son hasta tal punto violentas y constrictivas, que quien se proponga inquirir solo podrá hacerlo desembarazándose de lo que estas preguntas plantean al preguntar, y esto con la mayor de las dificultades y de la manera más radical posible.

Es necesario empezar por el principio. Ahí fuera hay una multitud de libros. El nombre de Sacher-Masoch los subsume. Ya ni siquiera es posible preguntar qué *dicen* esos textos sin volver a caer en las aporías precedentes, ni si la pregunta acerca del sentido, la verdad o el significado remite a los ejes del *quid* o el *quis*. Y sin embargo, a falta de lo que dicen, esas líneas definen, a partir de un sistema articulado

(una lengua, el alemán), que convoca un sistema articulante (un lenguaje), una intersección entre la lengua y el lenguaje. La realización del lenguaje en su intersección con la lengua define un *habla*. Entonces hay que preguntarse: ¿cuál es el «habla» de Sacher-Masoch?

Desde luego, tras este cuestionamiento —que es el objeto de este estudio—, quizá otros estén en su derecho de renovar las cuestiones estéticas, históricas o psicológicas. La propia biografía esté quizá en su derecho de colaborar con ello. Lo cierto es que, en ningún caso, recurrirá este estudio a ella, de ahí que, en ningún caso, este sea utilizable para ese fin: ¿acaso no queda claro que no se apunta, en adelante, ni hacia una verdad ni hacia un saber? Ni tan siquiera es seguro que este estudio «apunte» hacia algo si la teleología pertenece al ámbito del sentido. Sin lugar a dudas, este cuestionamiento busca otra cosa.

¿Cuál es el habla de Masoch? Wanda escribe: «Su habla era firme, segura y límpida como su pensamiento».¹⁰ Verdad y pasión habitarían una «lengua tan pura». A este dato no podríamos referirnos, a menos de caer en contradicción. Pero el caso es que el dato remite a algo diferente, que puede abrirse a este estudio. El habla «firme, segura y límpida» de Masoch remite al rostro que la profiere: era «el rostro de un hombre

10. Wanda von Sacher-Masoch, *Confession de ma vie*, Tchou, 1967, pp. 36-37.

que se siente en peligro de muerte». ¹¹ La muerte es el lugar donde mora, desde donde se alza la obra de Masoch, de una manera incomparable. Desde luego, bien pudiera tratarse de los muertos de las revueltas de 1848, de las torturas que allí vio, ¹² de la muerte de su joven hermana, de la muerte de sus hijos, de la consternación en que pudo sumirle la muerte de un gatito gris, ¹³ del miedo a la locura, del miedo injustificable, absurdo, a pasar cuatro días en prisión ¹⁴ o incluso de su aflicción desmesurada ante la muerte de la mosquita (que venía a mojarse los pies [sic] en la sopa de Masoch). ¹⁵ Pero con mayor seguridad, lo anterior remitiría a esa «enfermedad» de Masoch: «Los signos externos de esa enfermedad consistían en que, ya estuviera escribiendo, ya conversando, una angustia mortal se apoderaba de él; una angustia que, cuando los ataques eran violentos, crecía a cada minuto, hasta que, alcanzado el paroxismo, Leopold rompía a llorar y se despedía de mí y de los niños, convencido de que poco después no sería más que

11. Ibid., p. 38.

12. Para las imágenes calificadas de traumáticas, las jóvenes vestidas con pieles y armadas con puñales y pistolas, y el episodio de Bakunin alojado en casa de los Sacher-Masoch, véase la *Revue Bleue*, Sacher-Masoch, *Choses vécues*, los números del 4 de febrero, el 31 de marzo y el 21 de abril de 1888, etc. Para el episodio de Bakunin, véase el número del 25 de agosto de 1888, p. 248 y ss.

13. Wanda, *op. cit.*, p. 59.

14. Ibid., p. 244.

15. Stern, *op. cit.*, pp. 13-16.

un cadáver». ¹⁶ Esa relación entre el habla y la muerte —y no es que esta se anticipe ahí— puede dibujar una imagen de la obra allí donde la obra es imagen, a saber, en la cercanía con la muerte. En ese rostro, «los ojos abiertos de par en par se clavaban en el vacío». ¹⁷ En esa habla, «los ojos se helaban de miedo». ¹⁸ Así pues, ¿cuál es el vínculo entre el habla «firme, segura y límpida» y el rostro enfermo de la muerte? ¿Acaso la muerte sería su limpidez, y el habla, su rostro?

II

El texto no podría «decir» sin una *theoria* que lo condujese, lo dirigiese, lo evocase. Pero no es un sentido: es la soledad de una ocurrencia lingüística. Soledad, es decir, incomparable; elemento lingüístico, es decir, sustituible. El texto realiza lengua y lenguaje. El texto es no-decir; el texto habla. ¿Cuál es el habla del texto? De una manera privilegiada, una novela reúne y articula ruidos, no-palabras, silencios y palabras. Se trata de *La madre de Dios*. ¹⁹

16. Wanda, *op. cit.*, p. 102.

17. *Ibid.*, p. 65.

18. *Ibid.*, p. 90.

19. Leopold von Sacher-Masoch, *La Mère de Dieu*, en *Œuvres*, Tchou, 1967, t. II, pp. 139-259.